

JAY McINERNEY Escritor

# “Los 80 fueron la bohemia, la música, el sexo y las drogas”

EDUARDO LAGO, Nueva York  
 Todo empezó en el Greenwich Village una tarde de verano de 1979. Raymond Carver, entonces en la cúspide de su fama, había acudido a Nueva York para efectuar una lectura de sus cuentos en la Universidad de Columbia. Su editor, el temible Gordon Lish, y un colega de éste, Gary Fisketjon, almorzaron con él, tras lo cual tuvieron que volver al trabajo, cuestión que les planteaba el problema de encontrar a alguien que se ocupara del escritor hasta que llegara la hora de su charla. Inmediatamente Fisketjon se acordó de un novelista en ciernes que estaba obsesionado por la escritura de Carver. Se llamaba Jay McInerney y tenía 24 años. Cuatro décadas después, el escritor evoca aquel momento sentado en uno de los salones del lujoso *penthouse* donde vive con su cuarta esposa, Anne Hearst, nieta del magnate de la prensa, Randolph Hearst. “Cuando Gary me dijo lo que quería de mí pensé que había oído mal. ¿Pasar unas horas a solas con mi ídolo? Fue un día inolvidable. Cuando Carver volvió a Siracusa me escribió una carta invitándome a estudiar en el programa de escritura creativa que dirigía allí”.

Dos años antes Jay McInerney (Hartford, Connecticut, 1955) se había graduado en el exclusivo Williams College, tras lo cual dio clases de inglés en Japón, y luego escribió reseñas para el *Village Voice* y trabajó como *fact-checker* del *New Yorker*. ¿Cómo pasó de ahí a escribir *Luces de neón* (Ediciones B), una de las novelas más influyentes de su generación?

“El libro es una crónica de la vida nocturna en Nueva York a principios de los ochenta, cuyo epicentro eran clubes legendarios como CBGB's o Mudd, lugares frecuentados por personajes como Andy Warhol, David Byrne, Keith Haring o Jean-Michel Basquiat, muchos de los cuales no eran todavía conocidos. Recuerdo a Keith Haring pintando con botes de *spray* en plena calle. Un día, Jean-Michel Basquiat intentó venderme un cuadro por 200 dólares (que yo no tenía) porque necesitaba una dosis de heroína. Hoy está valorado en más de 10 millones. Era la época sagrada de la bohemia y sus rituales, el arte, la música, las drogas y el sexo”.

McInerney evoca a algunos de sus acompañantes en su viaje al fin de la noche: “Mi libro salió en el 84, dos años después Brett publicó *Menos que cero. Esclavos de Nueva York*, de Tama Janowitz, es de 1987, año que marcó de manera un tanto brusca el final”. Los críticos acuñaron el término *brat pack* (algo así como “el club de los niños mimados”) para referirse a una generación de jóvenes privilegiados que reventaron las bases sobre las que se asentaba el *establishment* literario. “Me



El escritor Jay McInerney, en Nueva York. / PASCAL PERICH

“Gané toneladas de dinero con ‘Luces de neón’ que fue un lema generacional”

“Basquiat intentó venderme un cuadro por 200 dólares para su dosis de heroína”

hice muy amigo de Bret antes de que publicara nada. Me gustan mucho sus libros, pero en realidad somos escritores muy distintos”. Cuestiones estilísticas aparte, resulta asombroso que la visión que tenían de la vida, caracterizada por una velocidad y un narcisismo autodestructivo que desconocían límites, fuera sancionada por un éxito desorbitado. La historia de la gestación de *Luces de neón* es inaudita: “Cuando George Plimpton me llamó para decirme que le gustaría publicar algo mío en *Paris Review* me di cuenta de que no tenía nada digno de su revista. De repente, de manera completamente fortuita, me tropecé con una cuartilla en la que había escrito a mano

unos cuantos renglones después de pasarme toda la noche dando tumbos por Manhattan. Estaba escrito en segunda persona. De ahí salió un cuento titulado *Son las seis de la mañana, ¿tienes idea de dónde estás?* que Plimpton publicó enseguida, pero había mucho más: Toda *Luces de neón* estaba en germen ahí. Escribí la novela de un tirón, en seis semanas”. Cuando se publicó, Jay McInerney se hizo famoso de la noche a la mañana: “Vendí millones de ejemplares, gané toneladas de dinero y el título se convirtió en el lema de una generación”, afirma con sonrisa enigmática.

Después vendrían una decena de títulos, entre novelas y cuentos, con Manhattan siempre como trasfondo. A la pregunta de qué lugar cree que ocupa dentro de la tradición literaria de su país, Jay McInerney responde: “Nunca se me ha olvidado una cosa que me dijo una vez Norman Mailer: ‘La edad de oro de la literatura americana son Faulkner, Hemingway y Fitzgerald. Yo soy el rey de la edad de plata y quizás tú el de la edad de bronce’ (risas). Para mí no hay nada más importante que los *beat*. Rompieron todos los tabús, empezando por el sexo y las drogas. Sin Kerouac, Ginsberg y Burroughs yo no existiría”.

## El Nueva York actual es más seguro pero menos fascinante

El escritor Jay McInerney se siente particularmente orgulloso de su trilogía sobre Nueva York escrita a lo largo de tres décadas, integrada por *Al caer la luz* (1992), *La buena vida* (2005) y *Bright*, (2015). Son novelas que se articulan en torno a episodios traumáticos de la historia de Nueva York como el *crack* económico que puso fin a los desinhibidos años 80, los atentados de 2001 y la crisis financiera que se desencadenó en 2008. “Ofrezco un retrato de la ciudad tal y como la vive la pareja Russell y Corrine Calloway que se instala en esa ciudad cuando son jóvenes y viven ahí durante 30 años. Es la crónica de un matrimonio pero también el testimonio de las conmociones sociales y económicas que estallan en torno a ellos.

Sin la menor duda, se trata del mayor logro literario de toda mi carrera”.

—¿Qué queda de la ciudad descrita en *Luces de neón* y de su autor?

“El Nueva York de los ochenta era más peligroso, pero también infinitamente más diverso y fascinante. Hoy, Manhattan es un lugar sólo apto para ricos, lo cual resulta interesante de otra manera. Las decisiones que toman aquí los grandes banqueros y magnates tienen repercusión a escala global. Es importante que alguien escriba acerca de ellos. En cuanto a mi primera novela, jamás lograré escaparme de ella. Cuando me muera, la primera línea de mi obituario dirá que fui el autor de *Luces de neón*”.